

Descubriendo
PURUCHUCO



B/17540
Ministerio de Cultura



B/17540



Instituto
Nacional
de Cultura



Qhapaqñan

Instituto Nacional de Cultura
Av. Javier Prado Este 2465
San Borja, Lima, Perú
Teléfono: 4769933
www.inc.gob.pe

Autora:
Gabriela Freyre Sponza

Colaboración y asistencia
Lorena Quincot de Briceño
Andrea Mendiburu Saavedra

Asesoría literaria
Antonio Bechtle

Dibujos e ilustración:
Chingwend Uhin Sánchez
Juan Carlos Huiza Tellez
Giuliana Campodonico Perez-Pacheco

Primera edición, 2001
Primera reimpresión 2009

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-07415

MC/B/C
708.07
F82d
2009



Mi nombre es Anita y quiero contarles una historia muy interesante.

Un sábado por la mañana salí a caminar y vi un letrero muy grande que decía "Museo de Puruchuco". Como me llamó la atención ese nombre tan raro, entré y comencé a pasearme por lo que resultó ser una antigua huaca, una construcción hecha de barro y que recibe muchos visitantes. De tanto ver alrededor, me distraje y tropecé con un niño. A primera vista se le veía normal, como cualquier otro, pero en sus ojos había un brillo especial, como si supiera algo que los demás no.

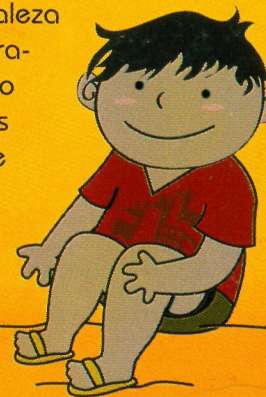
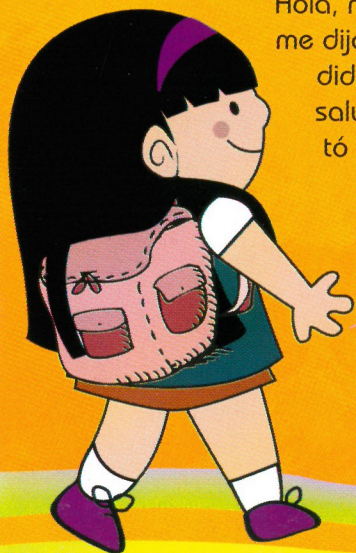
"Hola, me llamo Tutaykiri", me dijo. Todavía sorprendida apenas atiné a saludarlo. Me preguntó si era la primera vez que visitaba Puruchuco, y como le dije sí, él de inmediato se ofreció como

guía para explicarme la historia del sitio.

Tutaykiri resultó ser muy conversador. Me dijo que él sabía por su abuelo que Puruchuco era un lugar muy antiguo, de la época de los incas. El anciano solía contarle historias narradas por sus abuelos cuando él era muy pequeño.

Mientras caminábamos por la huaca, Tutaykiri me dijo que hace muchos, muchos años, cuando no existían tantas cosas, fábricas, autos o tantas personas en Lima, vivió allí un señor muy importante conocido como el curaca de Puruchuco. Lo que vemos hoy como una ciudad, con todas esas construcciones de cemento, postes, pistas y veredas era en esa época un lugar muy diferente. Imagínense un cielo limpio y abundante vegetación: árboles frutales y campos culti-

vados con maíz o ají. Dispersas en el paisaje se encontraban las casas de los campesinos, los fértiles campos que cultivaban y resaltando a lo lejos, grande e imponente, se apreciaba el palacio de Puruchuco. Desde que llegaron los españoles hasta el día de hoy Puruchuco y su medio ambiente cercano han sufrido muchos cambios. Gran parte de lo que antes eran campos de cultivo ahora están cubiertos por gruesas capas de cemento. Donde antes se escuchaban los ruidos de la naturaleza y de los hombres trabajando en el campo ahora se oyen las bocinas y motores de los autos. Apenas queda el antiguo palacio de Puruchuco como testigo de la vida en ese entonces.





En la audiencia se celebraban las fiestas más importantes de la comunidad.

A veces se trataba del nacimiento de un niño. También era motivo de reunión la muerte del curaca y el nombramiento de uno nuevo. Sin embargo las fiestas más importantes eran las que festejaban el tiempo de la siembra y cosecha de los campos.

La vida en Puruchuco giraba alrededor del campo. La tierra era la fuente de alimentos y por esa razón cuando había una buena cosecha se hacían grandes celebraciones. Cuando la tierra era generosa, la gente se ponía muy feliz, pensando en la abundante comida que tendrían. En la fiesta escuchaban las histo-

rias de la comunidad contadas por los ancianos.

Cantaban y bailaban al son de la tinya, tambores, quenás, antaras y ocarinas.

¿Más palabras raras?, pensé, y de nuevo vi en su rostro esa sonrisita que parecía adivinar misteriosamente los pensamientos de las personas.

Entonces, comenzó su explicación: "La tinya es un tambor que se puede tocar por ambos lados y está hecho de cerámica y piel de llama. Su sonido es grave y se parece a los latidos del corazón. La quena, en cambio, sue-

na dulce y suave. La ocarina es un silbato que imita el canto de los pájaros. La antara es un instrumento de viento que armoniza diversos tonos. A veces la música sonaba alegre, a veces se oía triste o seria, dependiendo

de las circunstancias que festejaban. Cuando había fiesta en Puruchuco, el curaca mandaba preparar abundante chicha de maíz para que todos beban y se pongan contentos. Mandaba sacrificar alpacas y cuyes para que no falte la comida y todos puedan disfrutar de un rico banquete".

En los grandes banquetes que ofrecía, había sabrosos platos preparados como patos, cuyes, llamas, frijol, zapallo y maíz. A este último le encontraban muchos usos. Se comía como cholo cuando estaba tierno, más maduro se lo preparaban como mote. A veces secaban el maíz y quedaba como cancha, la que a su vez podía ser molida y convertida en harina.

Finalmente, lo más importante: se tomaban el maíz. ¿Cómo? Lo hervían y de ahí obtenían la chicha, que guardaban en grandes vasijas de cerámica para beberla a diario y en ocasiones especiales.





Este paseo estaba resultando increíble.

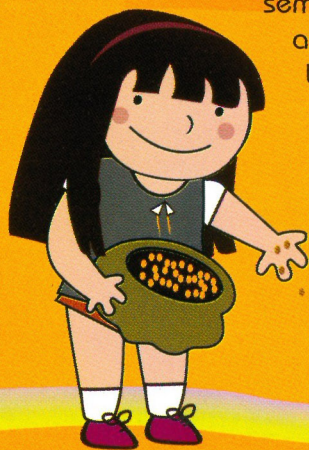
Jamás imaginé que iba a ser tan interesante. Ahora sabía tantas cosas nuevas que me sentía otra persona. Incluso imaginé que mis ojos habían comenzado a ganar ese brillo que tenía mi extraño amigo Tutaikiri y que tanto me llamó la atención en él. Más atenta que nunca, seguí escuchando su historia. Me dijo que una gran parte de los pobladores de Puruchuco se dedicaba a trabajar en el campo. La tierra era muy importante para ellos, como lo es para nosotros. Es una madre generosa que nos alimenta con sus frutos. Para esto, ella necesita de algunos cuidados. Hay que tratarla con cariño, man-

tenerla regada, removerla, sembrarla con amor y agradecerle por su bondad. Quienes trabajaban la tierra se levantaban muy temprano a tomar un succulento desayuno,

pues les esperaba una dura y larga jornada. El responsable de organizar el trabajo era el chacracamayoc. Este señor era un enviado del curaca encargado de supervisar las labores agrícolas. Resolvía los problemas que podían presentarse. Daba instrucciones a los hombres, mujeres y niños y asignaba las tareas de cada grupo. Los hombres se encargaban de mover la tierra y prepararla para el cultivo. Para ello usaban instrumentos agrícolas como los rompeterrenos y la chaquitacla.

Las mujeres ayudaban a los hombres en el arado de los campos y a dispersar las semillas. Los niños, por su parte, desempeñaban una importante labor. Estaban siempre atentos para ayudar a sus papás. Por ejemplo, cuando las plantas maduraban, recogían sus frutos. En el caso del algodón, le sacaban las pepitas.

Para irrigar los campos traían agua de río por medio de canales. Cada cierto tiempo, los hombres y mujeres se reunían para limpiarlos y así asegurar que el agua pueda fluir libremente y llegar a los campos. La limpieza de los canales era una fiesta que simbolizaba la solidaridad, la fe en el futuro y la unión de la comunidad.



¿Quién es quien?

Después de leer el cuento, identifica y describe a los personajes de esta lámina. Luego imagina: ¿Cómo habría sido un día en sus vidas?

- Él es un señor muy importante. Lleva un unku decorado con dibujos de animales y en la mano tiene una vara con una porra estrellada que demuestra su poder.
- Ella es una joven mujer que vive a la orilla del mar y viene a intercambiar sus productos por ají rojo para darle sabor a su comida.
- Él es un sabio señor que registra cuántas cosas le llevan al curaca.
- Ella prepara los platos favoritos del señor del palacio.
- Él baila muy bonito y toca un instrumento llamado antara.
- Él manda en el campo. Se encarga de vigilar que todos trabajen.
- Él cultiva la tierra en Puruchuco y ha venido a traerle un regalo al curaca.



Ya comenzaba a entenderlo todo,
ya podía ver el pasado con mayor claridad.

Mientras más avanzaba la historia de mi amigo, yo sentía que mis ojos se iban encendiendo.

Ahora empezaba a comprender a Tutaykiri. Comprender cómo había sido Puruchuco era como conocerlo a él cada vez mejor, y poco a poco iba comprendiendo el misterio que este extraño niño llevaba dentro. Seguí escuchando: "En la época de los incas todos eran como una gran familia y así como ocurre en las familias, todos tenían relaciones de reciprocidad".

"¿Qué es la reciprocidad?", pregunté.

"Es el hecho de dar y recibir. Por ejemplo, en un año, una familia ayudaba a otra a construir su casa y en el año siguiente, la que recibió el favor lo podría

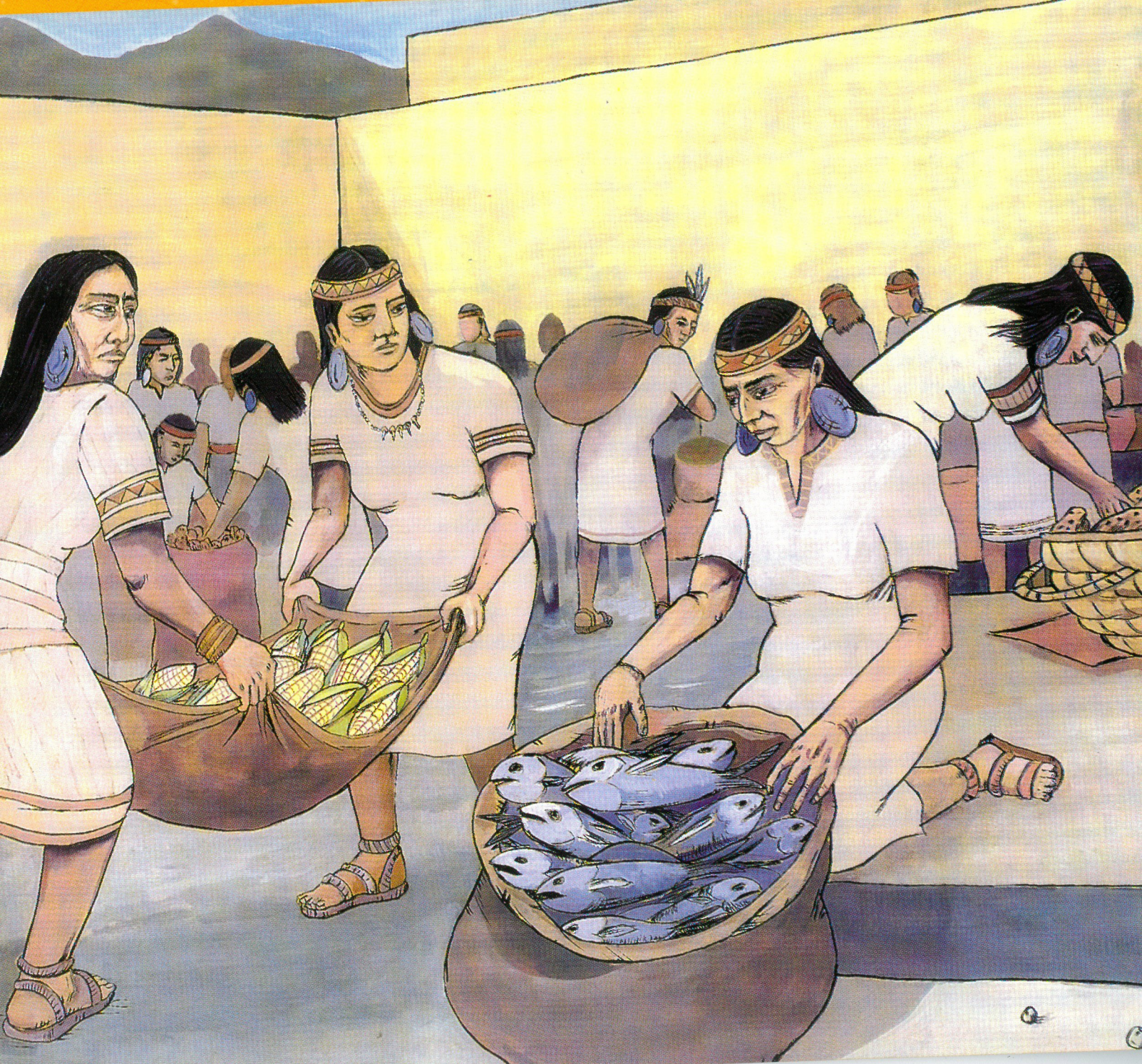
devolver ayudándole a cuidar su ganado. La reciprocidad se daba en todos los aspectos de la vida: en la alimentación, vestido, vivienda, etc. No solo había reciprocidad entre las familias. También la había entre estas y el curaca, así como entre el curaca y el Inca. En la agricultura, la reciprocidad del pueblo estaba en dar parte de su trabajo y sus cosechas al curaca y él, a cambio, les daba su protección, sus conocimientos y algunos regalos. Algo parecido ocurría entre el Inca y el curaca".

"El imperio incaico era inmenso y había muchos curacas en todo el Perú. ¿Cómo hacía el Inca para saber cuánto y qué se había producido en los distintos lugares de su imperio?", pregunté. Y respondió: "En esa época los hombres no co-

nocían la escritura, no existían libros en los que se pudiera anotar datos sobre la producción en cada lugar. Sin embargo, tenían los quipus, que eran una especie de libro de hilos donde un señor llamado quipucamayoc registraba las cantidades de productos que el curaca recibía de su pueblo. El quipucamayoc sabía hacer unos nudos en los hilos. Según el tipo de nudo, se indicaba determinada cantidad. Por ejemplo, cinco, diez o cien. Los colores de los hilos hacían referencia al tipo de productos, por ejemplo blanco para el algodón, azul para las llamas y rojo para el aji.







De pronto, Tutaɣkiri se quedó en silencio. Ya no siguió hablando más, justo cuando y sentía que estaba a punto de descubrir su secreto. "Sigue contándome", le pedí, "no te detengas, quiero conocerlo todo". Sabía que mientras más supiera de Puruchuco, más pronto conocería su secreto. Entonces él me miró fijamente, como sospechando lo que yo pensaba, me sonrió y continuó con su relato: "En el pasado no existían los billetes ni las monedas".

Entonces, pregunté "¿Cómo hacían los antiguos peruanos para conseguir comida y ropa?".



Los habitantes de Puruchuco intercambiaban sus productos con los de otras regiones.

De la sierra venían la papa, la oca y el maíz. Quienes venían de lugares cercanos al mar traían pescados, choros y machas. De la selva venían hombres trayendo hojas de coca, las que eran muy apreciadas por sus propiedades medicinales.

De esta última región también provenían vistosas plumas con las que adornaban los tejidos. De los campos de Puruchuco se obtenía frijol, maní, ají y frutas, entre las cuales contamos a la lúcuma y el pacaë.

Del río Rímac obtenían camarones y pescado de río.

La actividad de intercambio era parecida a la de un mercado excepto por una cosa: no se compraba ni se vendía.

La gente se reunía cerca al palacio, ofreciendo cada uno sus productos y viendo qué tenían los demás. Como se habrán dado cuenta, había una gran variedad de productos con los cuales los antiguos peruanos podían tener una comida sana y variada.



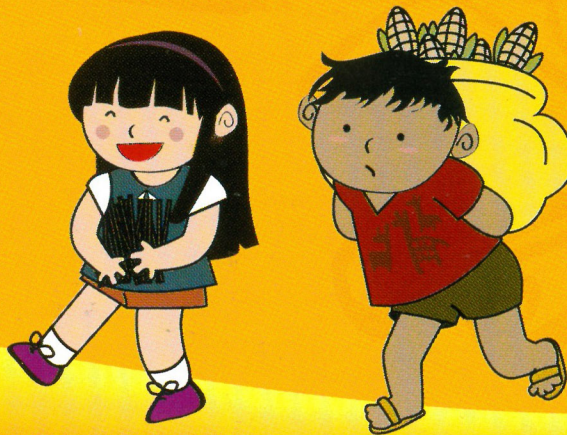
Para traer todos los productos a intercambiar, los hombres tenían que recorrer largas distancias.

Las llamas eran una gran ayuda en esas ocasiones. En sus fuertes lomos llevaban bultos de comida y telas, llegando a resistir hasta 30 kilos de peso por cada animal.

Los pobladores que venían de lejos caminaban contentos acompañados de sus llamas, que les aligeraban la carga y los ayudaban a llegar más rápido.

La llama, al igual que el cuy, es un animal originario del Perú. Se alimenta de hierbas y está acostumbrada a los climas fríos de la sierra. En las fiestas que ofrecía el curaca se sacrificaban llamas y cuyes, los que eran considerados un exquisito potaje. A su carne le ponían sal y la tendían al sol convirtiéndola así en charqui o carne seca. Esta costumbre sigue hasta el día de hoy, pues el charqui tiene buen sabor y no se malogra tan pronto.

Las primas de la llama, que son la alpaca y la vicuña, tienen una fibra muy fina que se utiliza para fabricar mantas y telas abrigadoras. A veces las telas se dejaban en sus colores naturales que eran cremas y marrones, otras veces en cambio se las teñía con tintes vegetales o minerales. En ocasiones especiales se sacrificaban alpacas como parte de un ritual, ya sea para adivinar el futuro, regar la tierra con su sangre o para comerlas.







De pronto Tutaykiri se quedó pensando en silencio, mirando a la nada como recordando algo con mucha tristeza.

Sus ojos se enrojecieron un poco, y continuó su relato. Me contó que cuando murió el curaca se hizo una gran reunión en la audiencia del palacio de Puruchuco. Llegó gente de muchas partes a despedirlo y a traerle regalos. Los ancianos de la comunidad contaron las hazañas del curaca y los hechos más importantes de su vida.

En estas narraciones se podía notar cómo extrañaban a su líder y cuánto lo querían. Por esta razón sentían tristeza de su muerte.

Por otro lado, también había alegría porque la muerte era vista como el inicio de una nueva etapa, ya que después de muerto, su espíritu seguiría velando por el bienestar de la comunidad.

Todavía con los ojos algo enrojecidos y la mirada perdida, Tutaykiri me contó que al cuerpo del curaca lo preparaban para entrar a una nueva vida. Mientras sonaba la música de las queñas, lo ponían en cucullas, así como los niños cuando están en el vientre de su mamá, rodeado de regalos que consistían en alimentos, algunos objetos de metal, cerámica, hermosas te-

las y cosas que les podían ser útiles en su próxima vida. Luego el cuerpo, con sus ofrendas más íntimas, era cubierto por sucesivos envoltorios de telas, formando así un fardo funerario. Así, la figura del curaca se transformaba en un ancestro, que era símbolo de la unión y bienestar de la comunidad. A él le llevaban comida y había gente encargada de cuidarlo. A veces lo sacaban a pasear en procesión y le hacían grandes festividades que honraban su memoria.

Después de las celebraciones de la muerte, la comunidad a el Inca nombraba a un nuevo curaca, el cual se haría cargo de la población y sería el nuevo ocupante del palacio de Puruchuco.



Tutaşkiri se quedó en silencio: su relato había terminado.

Ahora yo me sentía muy contenta de haber conocido Puruchuco y su historia, que es la historia de todos y es parte de nuestras vidas. Me había dado cuenta de que en nuestro país ocurrían cosas muy interesantes, y supe que me estaba perdiendo de mucho al no esforzarme por conocer más mi historia y la de mis antepasados.

Sí, yo sé. Se estarán preguntando:

¿Qué fue de Tutaşkiri?

¿Cuál era su secreto?

Eso, mis amigos, lo tienen que descubrir ustedes mismos, pres-tándole mucha atención a la historia de Puruchuco. Porque co-

nocer a Puruchuco es conocer a Tutaşkiri. Bueno, ya no les puedo dar más pistas.

Solo una cosita más: ¿se dieron cuenta de que sabía lo que estaban preguntándose?

Es que ahora yo también puedo leer la mente...



CNE/B
571.852
INC

Este cuento está dedicado con mucho

Este cuento está dedicado con mucho cariño a Marcelino Sulca Tito e Hilario Canchohuamán Tacuri, trabajadores del Museo de Sitio de Puruchuco por más de treinta años.

Su responsabilidad, dedicación y amor por el trabajo son ejemplo e inspiración constante para el equipo del Museo.

Ellos construyeron la huaquita para niños.



INC Instituto
INC Nacional
INC de Cultura



QhapaqÑan



Perú

